

*ANDRES GOTOR DE ASTORZA*

EL INFIERNO DE  
UN LUGAR QUE  
SE LLAMA  
“PARAÍSO”

[www.agotordastorza.com](http://www.agotordastorza.com)

## Prólogo

Aprendí a moverme por los bares dispuesto a derramar sangre si una sola gota de cerveza lo hacía de mi vaso, o si alguien intentaba llevarse a la mujer equivocada. La mujer equivocada solía ser para mí. De alguna forma siempre acababa con alguna chica que intentaba cobrarme, robarme o golpearme. De lo contrario sólo me quedaba un espacio tras la barra y una mirada desafiante para los demás. Ni un solo amigo. Nadie poseía suficientes agallas para mirar a los ojos de un hombre que no tenía nada que perder y, de algún modo, ellos lo intuían. Tal vez se debiera al desaire con el que me dirigía a quienes no sabían distinguir lo verdaderamente bueno. Lo verdaderamente bueno era yo. Y tal vez aquella falta de criterio fuera razón suficiente para culpar a todos ellos del dolor que me acusaba por las noches, transformándome en un ser incapaz de regresar solo a casa; convirtiéndome en un alcohólico, un adicto y un depresivo; atiborrado de alcohol, cigarrillos y pastillas.

Esa sensación de vacío parecía abandonarme a la luz del día, pero solía dormir hasta tarde. Intentaba ser escritor, pero estaba a la espera de que un sueño revelara una historia original, porque consideraba que era demasiado joven como para haber vivido nada interesante. Ni una sola historia de amor, ni una sola frase digna de admiración. Todo un fracaso. Mi madre, sin embargo,

decía que me estaba haciendo mayor como para continuar en aquellas condiciones, pero las fomentaba pasándome una reducida pensión, suficiente como para mantenerme y como para pagar una habitación a las afueras, no muy grande, no muy luminosa, pero tolerable para un hombre sin oficio, alejada del frío de la madrugada y las dolencias cervicales del cemento y los bancos de los parques.

Durante un tiempo había mendigado y dormido en la calle. No era tan difícil sobrevivir, querer hacerlo resultaba más complicado. Al final siempre encontrabas dónde comer, dónde dormir y dónde ducharte, pero ni un solo motivo por el que no romper con todo, sólo la esperanza de que, en algún momento, como por arte de magia, algo relevante sucedería. Pero mientras llegaban las luces de los focos y se posaban sobre mí, y las mujeres guapas y los periodistas se preguntaban si esa luz era parte de otra luz, me sentaba frente a la máquina de escribir sin una sola historia que contar, sin una sola página que rellenar, ni una sola pelea reseñable. Con más folios que palabras. Y sin importar demasiado cuánto buscara un poco de todo aquello porque, cuando estás demasiado decidido como para pelear, o para amar, o para desvelar los secretos de una gran historia oculta durante años, infundes el miedo, porque los demás no están tan preparados como para arriesgar sus secretos, sus corazones y sus dientes. Y si sospechan que no tienes dudas y

que estás dispuesto a llevártelo todo por delante, creerán que pueden perderlos y no los compartirán contigo. Sin embargo, yo estaba demasiado seguro de que algo grande estaba a punto de ocurrir, y no iba a ser capaz de controlarlo...



# I

Todo comenzó una noche de un otoño complicado. La nieve alcanzaba los tobillos. Mis pisadas se extendían por las calles de París, hilando bares y clubes de alterne. Hacía frío y no podía dar dos pasos. La nariz y el corazón se me caían a pedazos y, sin embargo, sólo pensaba en calentarme la garganta y el culo. Y allí estaba yo, caminando a altas horas de la noche, buscando luces de colores en medio de la nocturnidad, enfilando un pasillo de bombillas rojas, dignas de un pasaje del terror, en la que también los hombres ardían en ascuas y pagaban por sus pecados. Y de nuevo allí, descendiendo a los infiernos a través de aquella estrecha escalera a la que un chicarrón fornido, tras darme su bendición, me había dado paso (a veces, para salir, lo que te daba era una patada). Y me adentré entre las sombras, las luces de neón y los aplausos de un público que se retorció en sus asientos; entre el polvo, la baba, la ceniza y el humo que desprendían.

- ¿Un bailecito? - propuso una chica a la entrada, tomándome del brazo, con una sonrisita estúpida y mal fingida.

Se quedó allí esperando, con su dorada melena cayendo sobre su vestido ajustado y oscuro, sostenida de puntillas sobre unos tacones semitransparentes que la elevaban unos centímetros sobre el suelo, perfilando así unas curvas que te dejaban al borde del infarto, y con la profunda necesidad de

agarrarte, como quien se aferra por última vez a la vida, para que no se te escape. Ella, sin embargo, deslizó sus pies lateralmente para después advertirme con un marcado acento latino que “se mira, pero no se toca”, al tiempo que trataba de persuadirme con un movimiento. Luego desfiló hasta la puerta, le susurró algo a uno de los chicos de seguridad con un gesto aprendido y casi ensayado.

- Deme una mujer de cabellos dorados y escribiré la historia de amor más bonita del mundo - pensé.

Ella retrocedió hasta donde me encontraba y dijo:

- ¿Te decides, cariño? No tengo toda la noche.

Me eché una mano al bolsillo y removí el par de monedas que tenía. Un chasquido metálico le iluminó la mirada. Clavé las uñas sobre el tejido de la tela que lo conformaba, y la retiré.

Repitiendo el gesto con la otra mano, tomé el paquete de tabaco que tenía y le di unos golpecitos al dorso, dejando que cayera un cigarro. Me lo llevé a la boca y lo prendí, con la mirada gacha, como quien busca monedas por la calle.

Ella retomó el camino que hubiera tomado antes de haberse topado conmigo pero, para evitarlo, le di un pequeño golpecito sobre su hombro, cremoso y apurpurinado.

Se giró y se acercó un poco, pero parecía que entre nosotros se hubiera multiplicado la distancia. Concentrado en mi cigarro, vacilé unos segundos, apurando una calada y, esgrimiendo como

escudo una bocanada pasiva de humo, se la solté en la cara antes de darle lo que ambos supimos que era una respuesta sentenciosa.

- De momento creo que pediré algo de beber y, después, si me animo, te busco.

- Tal vez después no esté disponible – sugirió, recorriendo mi cuerpo de arriba abajo con la mirada, y con la yema de sus dedos, sus clavículas.

- Entonces, ambos, correremos ese riesgo – contesté.

Decía Celine que la patria y los ovarios exigían héroes. Bien, yo creía que la patria se alimentaba de los descerebrados y los ovarios de las grandes fortunas, porque los buenos modales no se comen, y porque los muertos de hambre no nos cubrimos de gloria. Quizás por eso, me sentía obligado a rechazarlas antes de que lo hicieran ellas, y eso me resultaba excitante, considerar que aquello que no había ocurrido era responsabilidad tuya, derramar el jugo de la victoria y correr a mezclarlo con algo de alcohol, mientras el resto de los hombres se agolpaban como manadas en torno a las mujeres que bailaban sobre las mesas y las plataformas.

A veces, camino de la única barra contra la que nadie restregaba el culo, algunas de las chicas reclamaban algún trago. Y uno las iba esquivando, más o menos, y aprovechaba la ocasión



para sisar la copa de algún despistado, absorto en algún bailoteo entre el que la carne y el hielo se derretía.

Así que aquella noche, como tantas otras, me apoderé de una, y marché a sentarme en uno de los taburetes que había junto al bar, con un sabor amargo inundando mis papilas y el temor de que apareciera su dueño y nos encontrara juntos.

La chica latina que me había detenido a la entrada cruzó por delante. Alcé mi vaso y le dediqué una de mis mejores sonrisas, esperando a que algo pasara, evitando que descubriese que, aunque me sobraban las ganas, me faltaba dinero, experiencia y coraje para un simple “bailecito”.

Mi estrategia consistía en hacerse el duro hasta que fuera ella la que quisiera llevarme a la cama. Así que por el momento me conformé con mirar porque, mirar, era gratis; a menos que le importase lo suficiente a alguien y me descubriese, en tal caso podría haberme costado un buen disgusto, pero yo no le importaba a nadie. A nadie más allá de mi madre. A ella sí que le importaba, Tal vez porque no me conocía del todo. De haberme visto en un lugar como aquel, me hubiera desheredado. Aunque muy a mi desgraciada hubiera querido para mí mismo no haber heredado de ella muchas otras cosas. Tal vez mi nariz alargada o mis pies planos, o mi forma de pensar. Quizá por haberla acompañado a la iglesia, no había tocado nunca a ninguna mujer. Y tal vez esa fuera razón suficiente para que no

me sintiera muy a gusto, y eso era perceptible, e incluso, a mi edad, repulsivo. Y era lo que ocurría con todos. Una perspectiva que te convierte en un ente invisible, a menos que no te hayan atendido, o te muevas mucho, o te acerques en exceso a sus carteras, a sus equipajes o a sus mujeres. Fue este motivo y no otro el que me hizo recordar con tal exactitud el rostro del señor que se dirigió a mí aquella noche.

- Pss... – se escuchó al otro lado – ¡Chico! ¿Conoces a esa?

Me señalé a mí mismo con incertidumbre.

- Sí, tú, ¿La conoces, o no la conoces?

Yo me encogí de hombros. Desde mi posición era imposible distinguir su identidad, oculta en la tiniebla, pero una de las luces alcanzaba sus manos, que jugueteaban con una moneda que hacía girar con los pulgares sobre el mostrador. Entonces se puso en pie y arrastró su silla hacia donde me encontraba, manteniendo una distancia prudente y un tono más amable. Su imagen se reveló ante mí: se trataba de un señor de unos cincuenta años con la frente fruncida, marcada por unas definidas arrugas y unas profundas entradas, que intentaba cubrir con su cabello largo y castaño, re peinado hacia un lado, con unas finas y estilizadas patillas. Llevaba una chaqueta azul marino, con unos dorados gemelos en las mangas, que mostraba al apretarse con insistencia el nudo de su colorida corbata. Su camisa estaba empapada de sudor por los bordes del cuello y

traía consigo un pestilente aroma a Varón Dandy y unos nervios fuera de lo común, dentro de las pulsaciones que solían correr por allí. Golpeaba con insistencia sus dedos contra el cristal de su vaso y agitaba los pies ininterrumpidamente, así que por un momento sospeché que era el dueño de la copa que me estaba bebiendo. Entonces me puse nervioso yo, porque quizás era el momento de soltar un par de ganchos, especialmente cuando estiró el brazo y sacudió mi vaso antes de decir:

- Esto se te ha calentado.

Y luego, dejándola a un lado, levantó un par de dedos y llamando a la camarera añadió:

- Nena, ponle una copa a mi amigo.

Parece que uno tiene licencia para llamar amigo a cualquiera y, aunque en otra circunstancia no se lo hubiera permitido, aquella amistad había comenzado muy bien y podía hacer una excepción, porque él sabía cómo conquistarme.

- Aquí tienes - dijo la chica sirviéndole.

Sabía que con aquella copa estaba vendiendo una parte de mí, pero aún desconocía cuál. Pensé en las jovencitas que acuden a los bares con esa expectativa y cambié de opinión. Haciendo ademán de pagar, para que mi dignidad no quedara en entredicho, me dio un manotazo y metió su mano en el bolsillo interior de su chaqueta.

- He dicho que invito yo, coño – protestó con una escueta sonrisa, echando mis monedas para atrás.

De repente desplegó allí una cartera repleta de billetes. Tomó uno y lo deslizó hacia afuera con delicadeza, con la misma con la que yo me hubiera deslizado por la cremosa piel de los hombros de las bailarinas.

- Ya está – se contentó, dándome un toque en la espalda.

- Pero...

- No te preocupes – concluyó.

Pensé que el que debía preocuparse era él, porque sentía muchísimas ganas de quitarle la cartera y desplumarle. No era capaz de imaginarme con una cantidad así, pero sí cuántos problemas podrían solucionar a cualquier hombre, y cuántos podrían ocasionarle a un tipo cualquiera como aquel, en un lugar tan inhóspito e indeseable.

Debió intuir mis deseos porque la cerró con prontitud y la volvió a colocar el mismo lugar, luego esbozó una amistosa sonrisa y se excusó diciendo que se marchaba de viaje.

La camarera recogió el billete y puso el cambio sobre una bandeja plateada. Después continuó rellenando y sirviendo al resto de hombres torcidos que empuñaban sus vasos de espaldas al escenario, donde bailaban las mujeres, concentrados en beberse hasta la última gota de alcohol mientras terminaba el espectáculo.

- Disculpa, no me he presentado – dijo estirando la mano.

Se la estreché, pese a que siempre he pensado que la próxima persona a la que le darás la mano podría convertirse en tu próximo enemigo, porque a veces ha pasado.

- Cuéntame, te he visto saludarla, ¿Qué sabes de ella?

Me encogí de hombros y me miré las mangas, mojadas por el rastro de agua que había dejado el vaso que me habían servido. Él salpicó de sudor las tuyas. Antes de que pudiese decir nada más, sin ningún motivo aparente, el portero apareció por allí, dio un paso adelante y otro atrás, dubitativo, y procedió a darle unos golpecitos en la espalda, tal y como él había hecho conmigo unos segundos antes, para pedirle que le acompañase afuera un momentito.

- ¿Ocurre algo? – preguntó indignado.

Yo no le había visto hacer nada malo, pero estaba seguro de que aquella no era una buena señal. Imaginé que estaba acosando a la chica latina del “bailecito”, sobre la que me intentaba sonsacar información, pero él continuaba reclamando unas explicaciones que no le llegaron a dar y, después de que sus esfuerzos por quedarse claudicaran, se puso en pie, se despidió de mí y se desvanecieron juntos por el final del pasillo.

- Ahí se va mi dinero – pensé.

Me erguí en mi asiento, y estiré la espalda. Observé que una de las camareras aún seguía con la mirada la escena,

cerciorándose de que se lo llevaban, mientras le sacaba brillo con un trapo a una copa, y supuse que ella era la responsable de haber dado parte al portero. Cuando se dio cuenta de que era yo el que la observaba a ella, se mostró incómoda. Le sonreí y se mantuvo con los labios firmes. Me miró a los ojos y pareció tener muchas respuestas de mi vida, pero no me dio ninguna. Se quedó tan sólo en silencio, esperando. Quizás la respuesta era ella. Al menos era lo suficientemente hermosa como para creerlo. Fue como enamorarse de una misma mujer mil veces en un mismo instante. Tenía la raya en medio, el pelo hasta los hombros, un lunar junto a la boca, los ojos claros y el alma, y la piel, oscuras.

- ¿Puedo ayudarte? – preguntó con un singular acento.
- No sé, ¿Puedes? – pregunté.

Ella también se encogió de hombros y no añadió nada más. Se quedó frotando de nuevo la copa, la colocó sobre un estante y comenzó alejarse, como se alejaban todas.

Entonces, creyendo que no tenía nada que perder, aunque considerando que no tenía nada que ganar, la llamé. Inmediatamente se dio media vuelta.

- Dime – contestó con brusquedad.
- ¿Me puedes echar otro, por favor?
- ¿Whisky?

Asentí. Ella estiró el brazo para alcanzar la botella de una de las repisas. Mientras lo hacía, la interrumpí.

- ¿Qué hace una chica como tú en un lugar como éste?
- ¡Oh, un romántico! – exclamó irónicamente.

Me sirvió el trago, rápido, casi sin mirarme, como si fuera lo único que yo mereciera, con la mano en alza y la palma estirada, esperando a cobrar mi deuda. Supuse que, a fin de cuentas, era una puta y no podía esperar demasiado de ella sin pagar. Así que cuando cogió el dinero, se olvidó de mí y comenzó a limpiar la barra con un trapo húmedo. Yo paseé con el mismo ímpetu la lengua por los labios, limpiando la bilis con la que había estado a punto de envenenar mis respuestas. Lugo tragué saliva, soplé airadamente y volví a la carga.

- ¿Romántico? ¡Oh, no, no lo creo! Nunca he estado enamorado.

- No lo crees, ¿Eh?

Guardé silencio mientras buscaba una respuesta oportuna, pero ella insistió con curiosidad preguntando:

- ¿Nunca has estado enamorado?
- Equivocado tal vez, lo suficientemente equivocado como para creer que estaba enamorado, pero, ¿Enamorado? No, supongo que enamorado nunca.

- ¿Y eso no te entristece?
- ¿Tú has estado enamorada alguna vez?
- Pues claro – contestó rotundamente.

Carraspeé antes de responderle.

- Pues no pareces muy feliz.

Ella hizo una mueca extraña con la nariz, me miró con desprecio y siguió frotando y limpiando con determinación mientras yo buscaba otra respuesta mágica, mientras me deslumbraba con la purpurina que embadurnaba su piel, brillando desde el último rincón del mundo.

- Bueno, he dicho que nunca lo he estado. Quizás tú puedas ser esa chica que lo cambie todo – añadí.

- ¡Já! – exclamó – No acabaría con un tío como tú ni por todo el oro del mundo.

- Permíteme que lo dude – respondí con sarcasmo.

- ¡¿Perdona?! – se enfureció.

Elevó los hombros y me miró con cara de imbécil.

- Vamos nena, trabajas aquí, tendrás un precio – añadí, intentando arreglarlo, aunque por supuesto no lo arreglé.

Su gesto se torció por completo, tiró el trapo húmedo a un lado y cruzó al otro lado de la barra, en busca del chicarrón de la puerta, para que me diera la correspondiente patada en el culo.

Con un poco de suerte me encontraría a mi amigo y le contaría lo sucedido, antes de quitarle la cartera.

Ella estaba dirigiéndose hacia afuera cuando me puse en pie. Con las prisas casi tropiezo y me caigo de boca. Puse la silla en su sitio, recogí el abrigo con prisa, me lo puse por los hombros y sin ánimo de continuar con aquello le dije:



- Espera, un segundo. Si me dices tu nombre, me voy por voluntad propia. No hace falta que avises a nadie.

Se frenó en seco, se lo pensó unos segundos y balbuceó un nombre impronunciable.

- Te llamaré Blanca - contesté.

Y salí echando leches de allí.